



HEREDERO DE LA OSCURIDAD

¿QUÉ HARÍAS SI SUPIERAS QUE TU FAMILIA
QUIERE ASESINARTE?

EDGAR VELAZQUEZ

Edgar Velazquez.
Herederro De La Oscuridad.

Para mi madre Juana, mis hermanas Ani y Stephan, mi tío Nicolás y en especial para mi hermano Gabriel, a quien llevo en el alma.

Algunos han estado conmigo de cuerpo presente y otros no. Tanto apoyo, así como amor incondicional de su parte.

Sea su amor sin hipocresía. Aborrezcan lo que es inicuo; adhiéranse a lo que es bueno. Romanos 12.9.

Índice.

PREFACIO.
EL COMIENZO.
A PRIMERA VISTA.
VOCES.
REVELACIONES.
SENSACIONES.
HASTA PRONTO.
DESEO.
APROBACIÓN.
PUNTO CIEGO.
EL ASESINO.
MATAR O MORIR.
EL ADIÓS.
EL FINAL.
FALLIDO.

Prefacio.

Desde hace no mucho, algunas manifestaciones extrañas surgieron a mi alrededor. Comencé a ver y escuchar cosas extrañas que siempre terminaban por causar terror en mí. Con el paso del tiempo, el dormir se volvió imposible y supe que quizás cambiar de aires me haría olvidarlo, pero fue todo lo contrario. Las manifestaciones se hicieron aún más notables haciendo que a menudo me preguntara; ¿Y si todo esto es una farsa qué creo mi mente? Quería decírselo a alguien, pero miraba a mi alrededor y veía a una madre que vivía preocupada por su trabajo, y por lo que yo, su hijo necesitase. Y esa necesidad de hablar y decir; «mamá, escuchó y veo cosas donde no hay nadie» me parecía absurda e ilógica.

Nunca pensé en el momento, situación o motivo por el cual moriría. Y sinceramente no lo había hecho porque sé que todo tiene un principio y un fin. Pero, lo que realmente nunca imaginé, fue que mi propia familia tuviera motivos para querer hacerlo.

Completamente inmovilizado, consumido por el terror, en un lugar el cual no había otra cosa más que oscuridad, buscaba a mi enemigo. Pero, éste no daba la cara y únicamente susurraba a mi oído. Tenía una ligera esperanza que me decía que éste no era el momento de mi muerte, que tenía mucho más que ofrecer. No había conocido el amor y mi madre no soportaría una perdida más. Aterrado sin una notable escapatoria, una cálida luz que brindaba alegría y me hacía inmune al dolor, me llamaba y ofrecía una escapatoria.

El Comienzo.

De pie observando por la ventana admiraba lo poderoso que puede ser el sol; un tanto anonadado recibiendo de frente un aire que parecía venir de una gran fogata, sin dudarle sabía que era la temperatura más alta que Texas y yo hubiéramos vivido. Recordaba los pocos momentos felices que había vivido en este hogar. Perdía el tiempo y analizaba una y otra vez lo que había sucedido hace tres años. Aun no podía creer en la extraña y repentina muerte de Michael (mi hermano), parecía que desde que falleció me encontraba en una especie de sueño, en esos donde todo parece tan real.

Siempre fue mi ejemplo a seguir, y no era solo porque fuese más grande que yo, sino que mamá nunca tuvo una queja de él y si la tuvo quizás fue por cosas sin importancia. Era un tanto parecido a mí: tez blanca, cabello oscuro y ondulado. Alto, quizás un 1.85 y atlético. A comparación mía, 17 años, 78 kilos. 1.75 de altura, de un extraño color blanco, un tanto pálido. De cabello oscuro y lacio, ojos oscuros y de cara larga. En pocas palabras soy alguien extraño. Michael mantenía su cuerpo en forma de manera natural... por así decirlo. Muy pocas veces le vi ejercitándose y aun así se mantenía fuerte, contrario a mí que debes en cuando hago ejercicio, soy fuerte, pero no musculoso.

Eran los 90's cuando nací en los Ángeles, California, de padre olvidadizo y de madre amorosa, por eso únicamente llevo sus apellidos. Tengo un coeficiente intelectual sobrevalorado, la verdad es que la escuela nunca me ha causado mayor problema y casi siempre me lo tomó a la ligera. Sin esfuerzo alguno y mayormente con tranquilidad, mis notas terminan siendo muy buenas, no necesitó que me expli-

quen dos veces los mismo. Comprendo con rapidez y mi memoria por alguna razón recuerda hasta lo que no debe. Michael comúnmente decía; «me sorprende que aún lo recuerdes».

Estudié dos años en el Phillips Academy de Andover, la pasaba increíble. Creo que ha sido el único lugar en donde la escuela en realidad ha sido agradable. Como cualquier persona tengo aspiraciones o metas en la vida, la mía siempre ha sido clara, Stanford University, ¿Por qué? Es simple, es la universidad correcta y sé muy bien que dentro de un año ahí estaré ¿Cómo?... No lo sé, pero lo haré. Hablar de la familia de mi madre es complicado... quizá porque a la de mi padre no la conozco. El ejemplo quizás más claro fue cuando por alguna razón no me corte el cabello durante un tiempo y en vacaciones cuando les visité el cabello me llegaba a la nariz y eso había bastado para que me catalogaran de homosexual. Cuando escuché aquellos comentarios me quedé sorprendido. En cuanto al tema del amor es... complicado, nunca he tenido novia y lo más cercano a eso fue algo sobre lo que siempre reflexiono. En pocas, muy pocas palabras digamos; que no me ha ido muy bien en ese asunto.

Sin querer mover un dedo pues ya había empacado mis cosas, ver en la ventana y recordar aquello me hacía sentir enojado y triste. Nos iríamos de la ciudad y la verdad no estaba muy en desacuerdo que digamos.

Mi madre había sido contratada por una empresa demasiado interesante, pero pensaba que este nuevo comienzo sería mucho más difícil de lo que lo fue el de hace unos años. La casa de mi tía Diana nos albergaría por un corto periodo de tiempo en lo que la empresa donde trabajaría mamá le otorga una casa. El destino sería un bonito lugar llamado Manchester, New Hampshire. Un lugar que simplemente me encanta, pareciera que el olor de los árboles y el de la tierra mojada hicieran una especie de fusión y se transportaran con el viento. Y sumando a esto lo maravillo-

so de las montañas hacía que todo fuera espectacular. La mayoría de mis vacaciones las pasaba ahí junto a Michael y mamá, pero sinceramente nunca hubiera imaginado que viviría ahí, con mis posiblemente primos favoritos. La idea era muy buena.

—¡Evan, todo está listo, vámonos! —grito mamá desde la planta baja.

Esté era un adiós que por alguna razón me alegraba, pero que a su vez me inquietaba lo suficiente.

Bajé y tomé algunos de los bolsos de mamá y su expresión era triste, era más que notable que le costaba dejar este lugar.

Con las ventanillas de la camioneta completamente cerradas, el aire acondicionado a todo lo que da y un buen disco, comencé a conducir con firmeza y en ese momento unas lágrimas por parte de mamá comenzaron a brotar. El verla llorar siempre ha sido algo que me rompe el corazón. Le toqué el hombro y con la mirada le di una especie de ánimo y, luego seguí conduciendo. Desde que Michael falleció, mamá me mira como si fuera una especie de luz y yo le correspondo de la misma manera, tengo la responsabilidad de protegerle de cualquiera y de quien sea. Trato de ser un buen hijo evitando hacer estupideces, pero sinceramente ser alguien tranquilo no me cuesta. Solía ser un chico travieso e hiperactivo que comúnmente hacía estupideces por diversión, pero cuando me dieron la noticia de que mi hermano había muerto todo cambio. Lloré hasta que pude y desde ese momento prometí que nunca más lloraría frente a mamá, sería su respaldo. Entonces pase de moverme demasiado a hacer alguien tranquilo, de poca replica. Nunca más daría problemas.

Mamá y yo somos algo diferentes en cuanto a la manera de pensar. Ella es alguien muy tranquila pero que cuando le

hacen enojar explota de una manera rara. Mide un metro con sesenta, cabello lacio y de un tono café oscuro, tez blanca, cara larga. Es atractiva.

Con un frío que cala los huesos, sumado a una leve llovizna y después de más de un día de camino por fin llegamos a Manchester. Nos habíamos detenido en Kentucky y durante casi todo el camino habíamos hablado demasiado, digamos que la comunicación es bastante buena. Automáticamente al entrar en Manchester, bajé la ventanilla de mi puerta —lo tenía que hacer— mi notable admiración al ver el paisaje y el aroma del viento es algo a lo que sinceramente encuentro como espectacular.

Estábamos a escasos minutos de llegar a casa de la tía. Esa propiedad se puede ver desde algunas calles lejanas, con ocho habitaciones de las cuales únicamente tres son utilizadas. La tía Diana es una o... mejor dicho, es mi tía favorita, aunque sinceramente no sé mucho sobre ella o mis primos. Tiene dos hijos: Stephanie que es la mayor y Leonel, además de Valentina que es su nieta, pero a quien considera su hija. Ellos son; atractivos, cabello ondulado, delgados, rasgos finos y elegantes. Tienden a cuidarse demasiado debido a su estatus social y económico.

Stephanie enviudo a los pocos años de haberse casado y de ese matrimonio nació Valentina. Que por lógica es mi sobrina —aunque sinceramente nunca la he tratado como tal debido a que es dos años mayor que yo—. Como era de esperarse tiene que mantener a su hija y por eso desde hace varios años no vive en el país, sino en Vancouver, Canadá en donde tiene su propia empresa dedicada a la realización de eventos. Por otra parte, Leonel es el hijo menor de la tía Diana, tiene veintisiete y se dedica a trabajar y a estudiar un posgrado en una de las universidades locales. Se convirtió de alguna manera en el hombre de la casa cuando su padre falleció hace ya muchos años. Se convirtió en el heredero del imperio y ha sabido hacer muy bien las

cosas. Por último, esta Valentina quien es muy parecida a su madre, delgada y muy bella. A pesar de su belleza y de que muchos digan que puede ser modelo se dedica a estudiar, sus notas son excelentes. Por alguna razón ama la escuela, contrario a mí.

Quizás hubiéramos llegado mucho antes de lo previsto pero mi terquedad había hecho que mamá no tocara el volante. Justo antes de llegar a Manchester, mamá había telefonado a la tía diciéndole que estábamos por llegar. Y esta correspondía observándonos llegar desde la terraza del segundo nivel, con una sonrisa más que sincera. El enorme portón se abrió y aunque parezca extraño había espacio. Años atrás, está misma cochera mantenía los espacios ocupados, siempre se han dado el lujo de tener autos de primer nivel y ahora no era una excepción. El brillo del Mercedes C240 no me sorprendía. Aquí siempre podía conducir los autos que solo podía ver en las revistas, así de claro es su economía.

Subimos las escaleras que guiaban a la casa y de inmediato la tía apareció dándonos un cálido recibimiento.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta— ¿Todo bien?

Mamá respondió a sus preguntas mientras se abrazaban, al tiempo que me estiraba.

—¿Cómo has estado, hijo? Quién te viera, grande y fuerte —dice y se ve tan pequeña frente a mí que me provoca una sonrisa— ¿Cuándo te pusiste tan guapo?

Esbocé una sonrisa un tanto avergonzada.

—Muy bien, tía, gracias... algo cansado por el viaje.

La plática y el recibimiento se volvió a hacia mamá convirtiéndome en espectador y con ello enterándome que Valentina y Leonel llegarían más tarde. Sin que mi presencia importara me dirigí a la azotea, el lugar donde todo lo demás no importaba. El paisaje era por demás increíble, me hacía no pensar en nada y me quedaba congelado.

Cuando bajé la tía me miraba como con una especie de ternura o lastima. Y la verdad no agradaba, pero aun así sonreí falsamente. Regresé al garaje y bajé las cosas del ultimo regalo que Michael le hizo a mamá; una camioneta Ford 2004 edición Harley Davidson oscura que sinceramente siempre me ha encantado.

Después, sin que nadie me ayudara, subí las maletas a la estancia de la que sería temporalmente nuestra casa. Entramos y la tía nos guio a las habitaciones. Las paredes de la casa estaban pintadas de un color crema y con un mosaico color blanco en el piso. Ventanas tamaño mediano y con cortinas que de inmediato admiro mi mamá, supongo que son bonitas. Muebles, decoración y el lujo serían las palabras correctas para definir la casa donde cada año todo es remodelado.

—Ésta será tu habitación, hijo. La he arreglado especialmente para ti —dice mi tía mientras sostiene la puerta y me muestra— espero que te guste.

Asentí agradeciendo.

La habitación tenía todos los servicios básicos; cama, televisión, baño y un gran guardarropa.

—Gracias, tía. Todo está perfecto

Avanzaron hasta la siguiente puerta.

—Y ésta será la tuya, Aurora. Compré esos muebles especialmente para ti.

Entraron la habitación y sin que se dieran cuenta entre a la que desde hoy sería la mía, para caer en las redes de mi nueva cama, estaba por demás agotado. Jamás había conducido de la manera en la que lo hice. Y a pesar de que no era muy tarde caí rendido.

A la mañana siguiente, lo primero que me despertó fueron los almohadazos por parte de Valentina y eso me había bastado para entender que debía ponerle seguro a la puer-

ta. Le quería tal vez es como la hermana que nunca tuve, pero sinceramente no pensaba acostumbrarme a esto.

Me dio un beso en la mejilla.

—Ya despiértate —susurra a mi oído, haciéndome sonreír— ¡Estabas despierto! —grita brincando en la cama.

La observé aun entre dormido, con un ojo abierto y otro cerrado. De un momento a otro se recostó junto a mí.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien, anoche quería verte. Pero, tuve que esperar hasta hoy o mi mamá me iba a regañar si te despertaba —Valentina le dice mamá a mi tía Diana, aunque sea su abuela. Sonreí poniendo los ojos en blanco mientras pensaba que de todos modos me había despertado— ¿Y tú cómo estás?... ¿Listo para comenzar de nuevo y conocer el amor?

Me eche a reír. Ni si quiera sabía lo que en realidad es el amor, hubo una ocasión que pensé haber amado, pero jamás fui correspondido ¿Listo para el amor? ¡Sí, claro!

—Estoy bien, aunque eso de ser el nuevo en una escuela me pone algo nervioso.

—No debes de sentirte así a veces es bueno cambiar de aires; digo aquí no será como Andover, pero será bueno ya verás —asentí sonriendo—. Vístete para que desayunemos nos están esperando. Te quiero mucho hermanito, bienvenido a tu nuevo hogar —añade mientras me da otro beso en la mejilla.

Antes de que pudiera decirle algo se marchó corriendo.

—Gracias —agradecí entre dientes.

El desayuno fue por demás largo conversando de manera alegre. Mi educación era algo que increíblemente les importaba a todos, digamos que ellos son "la única excepción" de la familia que siempre me ha hecho saber su admiración debido a que estudié en Andover. Al igual que yo sabían que las cosas serían muy distintas y me deseaban suerte para poder adaptarme de forma rápida a mi nueva escuela puesto que ya no estudiaría en un internado sino en un colegio que parece ser una tradición en entre ellos, ya que tanto Stephanie, Leonel y Valentina estudiaron en él.

El reloj despertador sonó justo a las cinco con treinta y en marco el principio de mi nueva vida. Estaba renovado y a mi manera de pensar listo para comenzar, los días anteriores habían sido de relajación y descanso, pero aún me sentía un tanto nervioso. Después de haberme bañado, me puse unos vaqueros y una playera gris para luego salir de la habitación y dirigirme a la cocina donde Valentina y Leonel ya estaban desayunando. Los acompañe y nos deseamos suerte como por milésima vez. Dio tiempo para que Leonel se ofreciera a llevarme y para que le diera las gracias. Días anteriores le había hecho saber que no quería interferir con sus vidas y su tiempo, me las arreglaría para llegar al colegio y hacer lo que me plazca sin tener que esperar o depender de alguien.

Tomé las llaves de la camioneta y seguí la ruta que Leonel, Valentina y la tía se habían encargado de repetirme hasta el cansancio; siete cuadras al norte y una al sur... nada complicado. Cuando llegué me limité a observar la escuela y busqué un lugar en el estacionamiento la mayoría de los autos eran lujosos y recargados en ellos había chicas bastante atractivas. Encontré lugar junto a un Mustang gris. Me bajé de la camioneta y de inmediato las miradas que había sentido arriba se intensificaron. Pensé en la lógica, el chico nuevo.

Llegué al lugar que según el croquis sería mi primera clase. Y tratando de pasar desapercibido, busqué un lugar no tan atrás debido a que mi vista no es del todo buena. Y justo cuando sacaba las cosas de mi mochila, sentí que alguien se me acercó.

—¿Qué hay? —me saluda en forma seria un chico rubio. Algo pequeño en cuanto a su estatura y de facciones amigables.

—No hay mucho que decir ¿Y tú?

—Bien, bien. ¿De dónde vienes?... ¿Canadá? Piensa bien tu respuesta porque odio a los canadienses.

Lo miré con duda.

—Vengo de Andover.

—Por un momento pensé que dirías Canadá —responde riendo cambiando por completo su seriedad— fue una broma, una bromita, no hay mejor forma de romper el hielo que haciendo una broma.

Sonreí falsamente, mientras él extendía su mano para saludarme.

—Soy Joel, Joel White ¿Cómo te llamas?

—Evian Barnes.

—Bienvenido, Evian Barnes.

Estrechamos nuestras manos y el profesor entra haciendo que todos vayan a sus lugares.

El profesor se había presentado con voz autoritaria y cuando atrajo la atención comenzó con su clase. Me lleve una gran sorpresa al ver que aquí no se perdía el tiempo y todos venían a trabajar. Poco después comprendí él porque: el profesor se había encargado de recordarnos que nadie de generaciones pasadas se había quedado sin estudiar la universidad y esa era la reputación del colegio.

La clase había sido buena, sin caer en exageraciones. Sentía que este año necesitaba de una exigencia mayor si es que quería seguir soñando con Stanford.

Caminaba entre la pequeña multitud de alumnos cuando pensaba y esperaba que todas mis clases fueran así exigentes cuando de pronto alguien me dio un ligero golpe en el hombro.

Observé a mí derecha y era Joel.

—¿Qué te toca? —pregunta. De alguna manera no esperaba su compañía y no porque fuera un antisocial de primera, sino porque en verdad no lo esperaba.

—Idiomas, ¿Y tú?

—Igual, déjame ver —responde y me arrebató el croquis.

Se da cuenta de que mis clases eran exactamente igual a las suyas y dice algo que no logré escuchar gracias a que me entretuve viendo cómo me miraban.

—Aquí es —dice sacándome de mis pensamientos.

Continuado hablando y nuevamente no le había tomado importancia, esta vez no me distraía por algo tan simple como miradas o demás. En cuanto puse un pie dentro del salón sentí una especie de calidez y protección, algo sumamente raro porque en mi vida había sentido algo como eso. Avancé junto a Joel y observé a mis nuevos compañeros, casi todos se encontraban conversando en pequeños grupos justo como en la anterior clase. La única excepción habían sido dos tipos que de inmediato se acercaron.

Uno de ellos de tez morena, cabello oscuro y corto. De altura quizás un metro con setenta, fuerte físicamente, cara marcada rectificando su fortaleza y con el ceño remarcado por naturaleza.

—¿Y éste quién es? —le pregunta a Joel refiriéndose a mí, causándome una ligera molestia.

—Damien...—susurra entre dientes el otro calmándole.

Parecía ser hijo de gigantes, su estatura rondaba fácil los uno con noventa. En cuanto le vi parecía que vi un espejo de mí, su tono de piel exactamente igual de pálido, su cabello y ojos oscuros, pero tenía una chispa distinta... distinta al resto era fácil darse cuenta de que el tipo era el don juan de la escuela.

Él era guapo y yo feo, tampoco coincidamos en la fortaleza ya que a pesar de ser delgado su fortaleza era visible.

—Él es Evian Barnes, es nuevo —responde Joel.

—Bienvenido, Evian, soy Bruno, Bruno Grimaldi —se presenta el alto de forma amigable a lo que pensé «¿ita-